

***[Partida de caza]***  
**León Trotsky**  
**Principios de abril de 1928**

(Versión al castellano desde “[Partie de chasse]”, en *Oeuvres*, Segunda Serie, Tomo I, Institut Léon Trotsky, París, 1988, páginas 107-110. Carta a I N Smirnov (T 1255), traducido del ruso [al francés] con permiso de Houghton Library)

La primavera ha empezado esta vez de verdad (es, por otra parte, la tercera o cuarta vez). La primera primavera comenzó hace apenas un mes y medio: el rey de los horticultores de aquí, Moiseyev, arremangándose, estuvo a punto de proclamar oficialmente la apertura de la primavera. Pero cayó la nieve, sobrevino el hielo y revocó radicalmente a la primavera. Casi dos semanas más tarde, de nuevo hizo una tentativa bastante lograda. Durante esa segunda tentativa fue cuando marché de caza con Liova. Ya le he escrito al [respecto](#)<sup>1</sup>. A la vuelta pasamos casi una semana en Alma-Ata y fuimos por segunda vez de caza, con la firme intención de aprovechar la primavera hasta el final.

Pero esta vez nos llevamos tiendas de campaña, botas de fieltro, pellizas, etc., para no pasar la noche en las yurtas, donde la vez pasada tuvimos que entregar una gran cantidad de “presas” no previstas en absoluto en nuestros planes de caza... Pero la nieve cayó de nuevo y de nuevo sobrevino el frío. En esas condiciones pasamos nueve días cazando. Se puede decir de esas jornadas que fueron la ocasión para grandes pruebas. Por la noche el frío alcanzaba menos ocho, menos diez. A pesar de eso, durante nueve días con sus nueve noches no entramos en la isba. Gracias a la ropa interior y a la ropa caliente casi no sufrimos frío. Yo me había llevado incluso una cama de campaña y los otros durmieron sobre el fieltro que recubría una capa de juncos. Durante la noche las botas se cubrían de hielo, se helaban, y tocaba deshelas cerca del fuego pues, si no, no podíamos calzárnoslas. Los primeros días, la caza se desarrolló en los pantanos. Sobre una mota construí un pequeño escondite, una pequeña choza, en la que pasaba de doce a catorce horas diarias. Liova se apostaba entre los juncos debajo de los árboles. Los dos primeros días todavía volaba un pato, pero más tarde sólo se mostraba de lejos: por la mañana y por la noche pasaban rápidamente una gran cantidad de patos por encima de nosotros en direcciones opuestas y a una altura inalcanzable en la mayoría de los casos.

Esta primavera, verdaderamente poco amistosa, con sus interludios de nieve, desconcertaba a los pájaros y a los cazadores. El cuarto o quinto día nos preguntamos si no había que volver. Pero uno de los compañeros propuso que consiguiéramos una barca e intentar la suerte en el gran lago Akmal, donde habitualmente se concentra todo el clan volante de patos, ocas y cisnes. Dicho y hecho: en la ciudad vecina de Illisky (esta vez la caza tenía lugar en esta región) en las orillas del río Ila, encontramos una barca y transferimos nuestro campamento del pantano al lago, a una decena de verstas más o menos. Este viaje estuvo ligado con una desventura. Habíamos cargado las tiendas de campaña, los fieltros, etc., en un camello y, efectivamente, observé de cerca el trabajo del animal de carga. Hicimos el viaje en kubitka. Pero hizo falta atravesar un río de la estepa de corriente rápida y con un lecho y fondos movedizos, el Karasuk.

Se decidió atravesar el agua a caballo. Un caballo atravesó bastante rápido y se aproximó a la orilla, pero reculó en un agujero y, tras intentos infructuosos de salir, se tumbó en el agua. Era el caballo sobre el que estaba yo. Felizmente la desventura se

---

<sup>1</sup> Ver en estas EIS: [\[Piatakov está acabado\]](#). EIS.

produjo en un lugar que ya tenía poca profundidad, pero el agua estaba muy fría. Felizmente de nuevo, brillaba un vivo y cálido sol de forma que, en cuanto salté a la orilla, pude cambiarme de ropa y secarme sin muchos riesgos. Bandadas de patos volaban sobre el lago y, de vez en cuando, ocas y cisnes. El cuadro era muy seductor pero aquí comenzaron las pruebas de otro tipo. El agua de primavera ya estaba muy caliente, de forma que los islotes y motas sobre el lago eran visibles bajo el agua desde una media archina o más. Todo el lago estaba bordeado, y en muchos rincones invadido, por altos y vigorosos juncos, de dos a tres veces más altos que un hombre. El primer día tratamos de cazar, al principio desde el agua o bien zarandeados por la barca (y tanto una forma como la otra eran muy penosas). Entonces decidimos construir un estrado en los juncos: cuatro pesados pies plantados bajo el agua en la tierra a una media archina, y sobre los cuales se había puesto por encima del agua una puerta prestada de los kirguizos. A primera vista, esta construcción parecía de un confort superior, mucho más teniendo en cuenta que para sentarme yo tenía además un saco relleno de juncos. Pero muy pronto me convencí de que permanecer sobre tal andamiaje y disparar desde ese lugar no eran cosas fáciles. Cuando tú estás seguro en tierra firme, entonces no notas mucho el retroceso del disparo, pero sobre esa suerte de andamiaje, cada disparo amenaza con hacerte caer en el agua. Esta perspectiva no era del todo atrayente, no porque el agua estuviese fría sino porque había que caer con la cabeza por delante en el agua entrelazada de juncos desde una altura próxima a las dos archinas. Es muy dudoso que, en esas condiciones, se logre volver a subir. Y para colmo de males las presas dejaron completamente de volar: las heladas las empujaban a los juncos donde se protegían del frío. Así, la caza en tanto que caza estaba echada a perder. Logramos más de cuarenta patos y un par de ocas (las ocas no las maté yo sino mis compañeros). Al final de todo decidimos levantar el campamento, dos días antes del fin oficial de la caza primaveral, el primero de abril, y volver “a casa”. Esta primavera, otras expediciones de caza acabaron aquí de forma aún menos feliz que la nuestra. Sin embargo, el viaje me produjo un gran placer, enteramente concentrado en la vuelta a la barbarie: pasar nueve días al aire libre con sus nueve noches, comer cordero bajo las estrellas, preparándolo en un cubo, no lavarse ni vestirse uno, porque no se ha desvestido, caer del caballo en un río (la única vez que uno podía cambiarse) pasar casi veinticuatro horas sobre un pequeño andamiaje en medio del agua y los juncos (sobre una puerta kirguiza de la medida de una pequeña ventana), no es frecuente experimentar todo eso).

Volví a la casa sin el menor signo de resfriado. Pero en la casa sentí frío, de forma que, desde hace una semana estoy medio encamando (gripe y bronquitis griposa). Ello explica en parte por qué hasta hoy no he hecho el informe de este viaje de caza. Aparentemente me he restablecido aunque no del todo todavía. Pero, durante este tiempo, la primavera se ha instalado definitivamente, no sé si por tercera o cuarta vez.

La correspondencia está en pleno desconcierto, incluso con Moscú. Las cartas escritas con dos, o incluso tres, semanas de intervalo llegan al mismo tiempo, suponiendo que se reciban. No sé a qué achacarlo: si a las fuerzas meteorológicas o a otras fuerzas. Hasta la salida de la dacha queda todavía casi un mes. Entretanto, Serguei debe llegar de Moscú. Comienzo a recibir diarios extranjeros de Moscú y Astrakán.

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)